
No hay nada más serio que el humor: un discurso cervantino de Wenceslao Fernández Flórez en su contexto cervantista¹

No hay nada más serio que el humor (There is nothing more serious than humor): A Cervantine Speech of Wenceslao Fernández Flórez and its cervantist context

JOSÉ MONTERO REGUERA
UNIVERSIDADE DE VIGO

En el fondo no hay nada más serio que el humor, porque puede decirse de él que está ya de vuelta de la violencia y de la tristeza, y hasta tal punto es esto verdad, que si bien se necesita para producirlo un temperamento especial, este temperamento no fructifica en la mayoría de los casos hasta que le ayudan una experiencia y una madurez. (p. 15)²

A mi padre, a la sombra del rododendro

jmontero@uvigo.es
ORCID. <https://orcid.org/0000-0002-6620-3682>

Recibido: 10-10-19
Aceptado: 18-10-19

Resumen

Este trabajo estudia la impronta cervantina del discurso de recepción en la Real Academia Española de Wenceslao Fernández Flórez (1945) y lo sitúa en su contexto cervantista hispánico, muy poco antes de la conmemoración del cuarto centenario de nacimiento del escritor alcalaíno.

Palabras clave: Cervantes, Wenceslao Fernández Flórez, Cervantismo, Posguerra española (1936-1950).

Abstract

This paper studies the cervantine footprint of the reception speech at the Royal Spanish Academy of Wenceslao Fernández Flórez (1945) and places it in its hispanic cervantist context, on the eve of the commemoration of the fourth centenary of Cervantes' birth.

Keywords: Cervantes, Wenceslao Fernández Flórez, Cervantism, Spanish Postwar Period (1936-1950).

1. Un discurso en dos tiempos

A propuesta de dos novelistas, Armando Palacio Valdés y Ricardo León, y un erudito, el padre Fullana (Luis Fullana Mira), Wenceslao Fernández Flórez fue elegido miembro de la Real Academia Española a finales de 1934, tras el fallecimiento de José Alemany Bolufer, quien había muerto el 26 de octubre; no leerá, sin embargo, su discurso hasta una década larga después, de

¹ Este trabajo se inserta dentro de los trabajos desarrollados por el grupo de investigación *Ediciones y estudios de literatura española* de la Universidad de Vigo y del proyecto de investigación *El Quijote transnacional*, bajo la dirección de Javier Pardo (Universidad de Salamanca).

² Manejo el discurso en su edición original, accesible en la página web de la Real Academia Española (Fernández Flórez 1945); las páginas de las citas remiten a ella, sin mayor indicación bibliográfica. He tenido a la mano, gracias a la amabilidad de Alicia Longueira, que reconozco de todo corazón, bibliotecaria de la Fundación Wenceslao Fernández Flórez en Cecebre, una copia del discurso con anotaciones autógrafas del escritor. No es propósito de este trabajo su cotejo sistemático, pero sí tendré en cuenta algunas de ellas.

manera que no ingresa definitivamente en aquella institución hasta el domingo 14 de mayo de 1945³.

En un primer momento, Fernández Flórez reunió papeles y materiales con el fin de preparar el discurso preceptivo y, así, ingresar rápido en la academia, pero la guerra incivil de 1936 interrumpe este trabajo, lo que conlleva que pasen más de 10 años hasta que lo remate y lea en sesión pública. Tal distancia temporal trajo consigo algunos cambios, como el mismo novelista informa en el cervantino comienzo de su discurso, donde su génesis se convierte en tema del mismo. Cambian, al menos, dos cosas importantes: el título y la perspectiva con la que se afronta el tema elegido.

Decidido este (el humor), se hacía necesario acotar el corpus sobre el que trabajar:

El tema se me impuso imperiosamente desde que pensé trazar el discurso que es trámite obligado en la recepción [...] Disponía de un bello título («El humor en la literatura castellana»), y padecía la seguridad de que era pretensión desafortunada componer bajo tal propósito nada menos que un discurso, porque es lo cierto que en nuestra literatura el humor no ha hecho escuela ni presenta algo más que manifestaciones discontinuas, esporádicas y escasísimas. No hay un panorama de literatura humorística por el que discurrir. (p. 18)

La reflexión sobre este aspecto, que se incorpora en el propio discurso, conducirá a su título definitivo: *El humor en la literatura española*.

Muy interesante también es la distinta perspectiva con la que se afronta el discurso en 1936 y la que se emplea en 1945, como también se explica a partir de una dicotomía retórica que clasifica a los académicos en dos categorías, eruditos y creadores, para aplicársela a sí mismo y describir un discurso que se hizo en dos tiempos y con perspectivas distintas: primero como erudito, acumulando citas y frases de otros; todo ello se abandonó al estallar la sublevación del 18 de julio de 1936:

³ Esta información procede del archivo de la institución académica; expreso por ello mi agradecimiento a la Secretaria de la R. A. E., D^a. Aurora Egido, y a la directora del Archivo y Patrimonio Histórico, D^a. Covadonga de Quintana, por su amabilidad a mis consultas. Mainer (1975, 35) ofrece otra información según la cual la terna académica que presentó a Fernández Flórez fue la integrada por Agustín González de Amezúa y Mayo, Ricardo León y Armando Cotarelo Valledor.

En la primavera de 1936, cuando preparaba mi discurso de ingreso, era a estos hombres eruditos, como Alemany, a los que se refería la preocupación de mi esfuerzo. El tono crítico y doctoral de la Academia se imponía a mi espíritu, e iba refrescando lecturas, compilando datos y recogiendo citas para ofrecer a mis ilustres compañeros una labor de perfecto gusto circunstancial. Había reunido muchas frases que otros hombres escribieron acerca del humor, y copiado trances y escenas que convenían a la tesis que me era simpática. Aquel sólido discurso, con su entramado de pareceres ajenos, fue únicamente pronunciado por la boca de la chimenea de mi casa en la quema que me aconsejó el temor a los peligros revolucionarios. Si acaso debe considerársele como luminoso, es porque ardió entre todos mis papeles en un fogón, y mis preciadas notas, convertidas en pavesas, no consiguieron más que sembrar una pequeña alarma entre mis vecinos. (p. 8)

Y, segundo, como creador, un discurso en el que “jugasen tan solo mis propias ideas y mis observaciones propias, sin acarreo de nombres extraños ni de frases cortadas de los más suntuosos jardines de la inteligencia” (p. 8).

Esto lleva a que desaparezca, al menos en apariencia, la erudición a que se refería el autor en su primer esbozo de discurso y se centre en estudiar el elemento que considera fundamental en su producción literaria, aquello que le distingue e identifica del resto de creadores y situarlo en una determinada trayectoria o, por lo menos, indicar su ascendencia literaria: en todo ello, la figura de Cervantes y el *Quijote* se convierten en el eje básico del texto, pues en estos encuentra Fernández Flórez la gran excepción de la literatura castellana y, en consecuencia, a quienes poder imitar y utilizar como modelo del tipo de literatura que él quiere hacer.

Se trata, en este sentido, de un discurso de historia literaria (Álvarez de Miranda, 2011, 24; Samper Pizano, 2010), sobre el humor en este caso, que ha de entenderse primeramente como un texto breve (23 páginas) para ser leído en su integridad, a diferencia de otros muchos textos preparados para ocasión similar de los que solo se lee una parte pues son concebidos realmente como libros: el ejemplo de Azorín es paradigmático, con *Una hora de España* en 1924 (Montero Padilla, 1993, 32-38). Esta concepción como discurso *stricto sensu* y no

como libro ayuda a explicar la ausencia de notas al pie, su tono ensayístico, alguna que otra mención explícita a quienes asistieron a la ceremonia; pero no se prescinde del todo de la erudición, que se incorpora de forma más bien imprecisa, casi nunca con cita, generalmente recreando las palabras del mencionado. No menos de media docena de menciones de este tipo se hallará en el texto (Bergson, p. 14; Cejador y Frauca, y Unamuno, p. 20; Fernández de Navarrete, p. 22; Sáinz Rodríguez, pp. 23-24; Carlyle, p. 29). Las dos últimas, llamativamente larga la primera (Sainz Rodríguez)⁴ y a modo de cierre la segunda (Carlyle), son posiblemente las que mejor vinculan las dos fases de redacción del discurso.

2. Suma de principios novelísticos cervantinos

La brevedad y la perspectiva esencialmente personal que el escritor toma proporcionan al discurso un carácter singular, como una suerte de suma de principios novelísticos: qué he hecho, qué patrones sigue mi novelística, quiénes son mis modelos.

Fernández Flórez no realiza un recorrido sistemático por su carrera novelística (lo que sí hará con detalle Julio Casares en su contestación, pp. 34-40); es más, apenas hace alguna alusión muy general, pero bien reveladora (“Yo puedo decir de mí que cuando escribí *Las siete columnas*, *El secreto de Barba-Azul* o *El malvado Carabel* no fue mi propósito hacer reír a alguien, sino combatir ideas equivocadas”, p. 10), sino que va directamente a destacar lo que cree que sintetiza su literatura, aquello que la singulariza; esto no es otra cosa que el humor, razón por la cual lo ha tomado como tema de su discurso. Se trata de un modo de explicarse a sí mismo como novelista; este sería el elemento consustancial de aquella, la característica definitoria.

Pero el humor, de un lado, siempre ha sido visto con irritación o menosprecio, como algo insignificante, indigno de ser tenido en consideración a diferencia de “los asuntos serios [que] han de ser

⁴ La excesiva longitud de esta cita quizás explique su tachado en rojo en el original conservado en Cecebre, seguramente destinado para la versión del discurso publicado en la edición de *Obras completas* de Fernández Flórez publicada en Aguilar.

tratados con seriedad” (p. 9). Esto confiere a su obra un carácter en cierto modo marginal. Por otro lado, las definiciones del humor son muchas; recoge algunas (p. 10), pero para nuestro escritor constituye una “posición ante la vida”, en la que tienen importancia primordial cuatro elementos: fantasía, descontento (p. 11), madurez y experiencia (p. 15). Estos elementos constituyen la columna vertebral de las novelas de Fernández Flórez y conducen directamente a Cervantes y el *Quijote*. No siendo, en principio, un discurso sobre Cervantes o alguna de sus obras como, por ejemplo, entre otros varios, el de Darío Villanueva (2008), acaba siendo un texto medularmente cervantino. El escritor gallego, de esta manera, no está solo proclamando un modelo de la literatura de humor en prosa en el que confluyen aquellos sino que, implícitamente, se siente heredero de esa manera de novelar que en España tiene su hito originario, aunque aislado (el *Quijote*), pero que en otros lugares, singularmente las Islas Británicas, sí ha tenido fortuna (Dickens, Ibsen, Voltaire, Gorki, Tolstoi, etc.; p. 12).

Fernández Flórez quiere situarse en el camino abierto por el *Quijote* y Cervantes porque coincide con ellos en el carácter marginal de sus obras (el uno es novelista “eclipsado por el cronista”, en palabras de Casares, p. 35⁵; el otro es quien, en la interpretación romántica cuya huella también se deja ver en este discurso, no ha recibido el premio y reconocimiento acordes a sus merecimientos); y por un mismo concepto del humor que tiene su origen en el descontento; este descontento lleva a que aflore la fantasía para crear un mundo literario donde el escritor se explaya e, incluso, se identifica: “El novelista, el poeta, se cura de las molestias y las

⁵ Magnífica es, a este respecto, la descripción de los años previos al ingreso de Fernández Flórez en la RAE que hace Mainer (1975, 32-3), cuando el éxito como escritor es eclipsado por otras facetas suyas: “Su popularidad en el marco de la novela corta era extraordinaria; en la novela larga [...] un relato como *Los que no fuimos a la guerra* agota 14.000 ejemplares en catorce días, si damos crédito a un anuncio editorial que copio de *La Gaceta Literaria*. Fernández Flórez, en los años veinte, es el comentarista político más leído, el costumbrista mordaz, el amigo de los generales (sabemos de una cena íntima con sus coterráneos Franco y Sanjurjo), el cronista de viajes por Europa [...] el impenitente de la «saison» veraniega de San Sebastián, el padrino de algún duelo escandaloso o el que se niega a que Gabino Bugallal le saque como diputado”. Véase también Montero Alonso (1964, 67-68).

dificultades que el mundo le ofrece creando dentro de sí otro mundo por el que se mueve más a su antojo y que opone a aquel [...] La novela es el escape de una angustia por la válvula de la fantasía”, p. 11). *Azorín* lo supo expresar muy bien en el capítulo que dedicó a Cervantes precisamente en su discurso académico de 1924 (XIV, “Un viandante”), cuando lo remata con el abrazo entre personaje y autor:

Y cuando el señor de la prestancia antigua ha declarado el caso con peregrinas razones, el viandante ha sonreído levemente –con sonrisa de inefable bondad–, se ha acercado a él y le ha estrechado contra su pecho. El ensueño interior del viandante –¡oh maravillosa ironía!– se concretaba, fuera, en el mundo, en la persona de un loco. (*Azorín*, 1924/1993, 107; Montero Reguera, 2005b)

Pero todo ello no puede hacerse sin experiencia; es la madurez la que permite un tipo de literatura como el que aquí se propone: obvio es decir que se está pensando el atardecer prodigioso de la vida de Cervantes, quien escribe sus grandes obras, singularmente el segundo *Quijote*, muy cerca ya de su muerte, con una enorme experiencia y recorrido vitales a sus espaldas (Montero Reguera, 2016; Lucía Megías, 2019). Por su parte, es el propio autor de *Volvoreta* quien afirma haber encontrado su mejor expresión artística (la que define en este discurso) en momento avanzado de su recorrido vital:

Y así confesaré que en la adolescencia –tan propensa a la melancolía– cuando yo no tenía nada que decir a mis semejantes, fui atacado por la manía de hacerles llorar, y escribí varios años versos y prosas lacrimógenos a propósito de desengaños y dolores que yo mismo inventaba [...] Provocar una sonrisa me hubiese parecido entonces una deshonra. Más tarde, cuando comencé a conocer el mundo, mi tentación se refería a cogerle por las solapas y a asustarle con profecías terroríficas acerca de los malos pasos que andaba. También entonces se me antojaba inferior la risa. (p. 16)

El humor, asimismo, es uno de los matices que presenta la burla, “el tono más suave del iris”, “siempre un poco más bondadoso, siempre un poco más paternal” (p. 15), que ha de ir unido a la experiencia

y madurez –según ya se ha señalado– no solo del escritor (v. g. Georges Bernard Shaw, el propio Fernández Flórez), sino también de la literatura en que se produce (pp. 15-16).

Por este camino –sigue su argumentación el nuevo académico–, hay pueblos, literaturas con sentido del humor; otros, no. Entre los primeros, la raza céltica (Swift, Chesterton, Shaw, Wilde; p. 17); entre los segundos, la literatura castellana, más preparada para la épica y la mística, pero no para la parte amable de la vida: ¿dónde encontrar una novelística que una la ternura, la bondad, el “tono suave del iris”, el acercamiento paternal y la gracia? Nada más alejado de ello que la novela picaresca, que suele ser la respuesta habitual cuando se unen literatura y humor; de ella no brota “la dulce luz de la piedad, de la comprensión bondadosa. Se suscita la carcajada, no solo contra el vicio, sino contra la desgracia” (p. 19).

No hay, en conclusión, humor en la literatura castellana, en todo caso mal humor, el *malhumorismo* en la expresión de Unamuno (1910/1968). Sin embargo, paradójicamente, en este contexto tan adverso, es en España donde “se produce la más asombrosa obra del humor”: el *Quijote*. Desde esta perspectiva, se trata de una obra sin precedentes ni consecuentes, un “inmenso obelisco en la llanura”; jamás “el humor fue llevado a semejante altura, ni abarcó tantas y tan trascendentales cuestiones, ni, tampoco, sacudió con tan prolongada risa el pecho de los humanos” (p. 21).

3. Un modelo para la renovación de la novela

Situada justo en el centro del discurso, la mención al *Quijote* da paso al tramo final de aquel en el que se propone la renovación de la novela a partir de las consideraciones que se han hecho al comienzo del mismo y con Cervantes de guía: “El mal característico de la novela actual, en el mundo entero, está en la atrofia de la fantasía, y no sabré decir si este mal se produjo por el desdén que contra ella predicó el naturalismo o si el naturalismo fue ya una consecuencia de la escasez de fantasía” (p. 27). Humor y fantasía unidos permitirán la renovación de la novela en una confluencia de tradición y modernidad:

ignoramos qué nos traerá la literatura posterior a la guerra, pero si en ella sobrevive el humorismo diremos que se ha salvado algo muy importante de la ternura humana, entre tantos odios y tantas espantosas violencias; diremos que, en medio de la salvaje furia que trastornó y destruyó delicadas concepciones de la moral y del arte, quedó flotando aún algo que representa siglos y siglos de experiencia, de sufrimiento y depuración de los espíritus; que por todo eso es el humorismo patrimonio de razas viejas y de literaturas muy cocidas al fuego lento de la historia. (p. 28)

La razón de ser y el camino por el que ha de conducirse la novela –para que sobreviva y se mantenga– es el humor, el humor entendido *modo* Carlyle, en la cita que cierra el discurso y que une, novedosamente en la España de aquel tiempo, a Cervantes con Sterne y la novela moderna:

El humor verdadero, el humor de Cervantes o Sterne, tiene su fuente en el corazón más que en la cabeza. Diríase el bálsamo que un alma generosa derrama en los males de la vida, y que solo un noble espíritu tiene el don de conceder. El humor –añade el gran filósofo– es, pues, compatible con los sentimientos más sublimes y tiernos, o, por mejor decir, no podría existir sin tales sentimientos. (p. 29)

En efecto, porque esta manera de reivindicar a Cervantes como punto crucial en la historia de la novela, no solo como su modelo, sino como a quien se ha de recurrir para renovar el género, y que se haga a partir de la concepción del humor en el *Quijote*, está más cerca de aproximaciones foráneas que, por ejemplo, habían visto en la novela cervantina un momento clave en el paso de la mimesis clásica, según la cual lo cotidiano era esencialmente risible, a la novela moderna que es capaz de tratarlo como algo trágico y problemático. En el camino abierto por Auerbach en su seminal *Mimesis* (edición alemana original de 1942) se insiste en cómo los fracasos del héroe no se sufren trágicamente y se tratan lúdicamente (Eisenberg, 1995, cap. IV; Montero Reguera, 2011, 136; Lozano y Romo, 2018; García Berrio, 2019, 200-205), y se llegará a la formulación de unos años después, ahora con la pluma de Arnold Hauser, en otra de las obras de referencia de la romanística europea,

Historia social de la literatura y el arte (primera edición en 1951), cuando afirma que en el *Quijote* se produce un descubrimiento del humor tanto en el sentido de “transparencia de lo cómico a través de lo trágico, como de la presencia de lo trágico en lo cómico” (Hauser, 1976, II, 63; Montero Reguera, 2005a).

4. En los márgenes del cervantismo español de posguerra

En España, sin embargo, las cosas iban por otro camino muy diferente. Poco antes había tenido lugar la contienda fratricida que asoló España entre 1936 y 1939 y que dejó una huella trágica, indeleble, que aún hoy perdura y que influyó decisivamente no sólo en la efeméride cervantina de poco después, en 1947, sino también en el intento –nada fácil por otra parte– del nuevo régimen de apropiarse de Cervantes y su obra más universal y encontrar en ellos modelos de la nueva ideología.

Cervantes se convierte –como así también había sucedido unos años antes, en 1935, vísperas de guerra, en torno al centenario de Lope–, en motivo de banderías. Sí, porque a diferencia del centenario gongorino de 1927, el de Lope ya insinúa en cierto modo la terrible contienda que iba a estallar al año siguiente al ofrecer una imagen bifronte del autor de *Fuenteovejuna*, que unas veces es el “adalid de una España imperial y nacional-católica, y otras, en cambio, [...] es el poeta popular y revolucionario, trasunto de un pueblo oprimido y avasallado por los nuevos señores feudales” (Florit Durán, 2000, 107). Algo parecido sucede años más tarde, en torno al centenario cervantino de 1947 en España, aunque con una diferencia fundamental: como consecuencia de la guerra se produce, en efecto, el intento de apropiación por parte del nuevo régimen del libro y de su autor, y de asimilarlos a la nueva ideología imperante, pero ya no hay nadie enfrente que pueda rebatir esta manera de interpretar: muchos han muerto, otros se han exiliado y los que han quedado en España se acomodan mal que bien a las nuevas circunstancias, pero no ofrecen una alternativa a la lectura propuesta por los vencedores.

En efecto, una parte de la mejor intelectualidad española hubo de exiliarse fuera de nuestras fronteras; en el campo del cervantismo, esto constituyó una página verdaderamente dramática.

Acaso –como he defendido en otra ocasión (Montero Reguera, 2011, 131-165)– la preferencia pidalina por sus estudios cervantino-quijotesco es lo que explique que cuando Américo Castro quiere homenajear a su compañero universitario lo haga con un extraordinario libro, *El pensamiento de Cervantes*: “A Ramón Menéndez Pidal al cumplirse XXV años de su profesorado universitario”. Pero esta dedicatoria no debe considerarse como mera anécdota, consecuencia de la amistad entre ambos filólogos, sino que la predilección del maestro por los temas cervantinos y el *Quijote* de modo más concreto, ha pervivido entre sus discípulos, de manera que raro es el caso de investigador integrante de la Escuela Filológica Española que no haya dedicado siquiera unas páginas de interés a la novela de Cervantes. Es más, este hecho casi parece haberse convertido en una constante de esta escuela.

En efecto, la nómina de estos investigadores incluye en casi todos los casos trabajos sobre Cervantes: el ya referido Américo Castro, pero también Amado Alonso, José F. Montesinos, Federico de Onís, Dámaso Alonso, Joaquín Casaldueiro, Samuel Gili Gaya, Rafael Lapesa, Alonso Zamora Vicente y otros menos recordados: Manuel de Montoliú, Enrique Moreno Báez. No obstante, en 1936 tiene lugar un acontecimiento que va a remover los cimientos de la vida española: una larga guerra civil que trae como consecuencia, en lo que se refiere a esta escuela filológica, que algunos de sus miembros más destacados deban continuar su carrera académica fuera de España. Y, precisamente, de todos ellos son los más cervantistas quienes han de salir de su país. La mayor parte se dirige a los Estados Unidos y allí forma discípulos, algunos de los cuales cuenta entre lo mejor del cervantismo: Federico de Onís (ya desde antes de la guerra) se afina en Nueva York donde dirige el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Columbia; Américo Castro recalca en Princeton donde forma una excelente escuela de cervantistas (Vicente Lloréns y, sobre todo, Joseph H. Silverman, Stephen Gilman, Manuel Durán, Ludmilla Buketoff Turkevich); Amado Alonso llega a Harvard, donde años después enseñará Francisco Márquez Villanueva, y en donde inician su labor académica Juan Bautista Avallé Arce y Luis Andrés Murillo; Joaquín Casaldueiro desarrolla su actividad académica también en los Estados Unidos, etc.

Los que se quedan en España tienen el *Quijote* en la cabeza, pero escriben poco sobre él, aunque cuando lo hacen ofrecen páginas de enorme interés: Dámaso Alonso, Rafael Lapesa; otros más olvidados como Manuel de Montoliú, director del Instituto de Filología de Buenos Aires en 1925 y autor de diversas monografías cervantinas; Enrique Moreno Báez, discrepante en ocasiones con Américo Castro y autor de unas *Reflexiones sobre el “Quijote”* todavía válidas. Pero en general, los objetivos de los filólogos que se quedan en España van por otros caminos; se concentran en otros autores o temas: Góngora, Valle Inclán, Garcilaso de la Vega, San Juan de la Cruz, Dialectología, Historia de la Lengua... Como posible razón de la falta de estudios sobre el *Quijote* se ha sugerido, por ejemplo, el peso excesivo de la tradición filológica que acaso ha impedido la incorporación de otras corrientes críticas; quizás también el extraordinario influjo de las ideas de Castro sobre todos sus discípulos, tanto en Estados Unidos como en nuestro país: pero aquellas no tenían buena acogida en aquella España, con una situación política que quiso hacer de Cervantes un héroe glorioso con una imagen afín al régimen, muy alejada de la que Castro ofreció; acaso por eso los filólogos del Centro de Estudios Históricos en España no se ocuparon con frecuencia del *Quijote*: por un lado existía la convicción de que poco nuevo se podía añadir a lo ya dicho por Américo Castro y, por otro lado, eran ideas no bien vistas: mejor, por tanto, no acercarse al tema. Ello no es óbice para que cuando se acerquen a la obra cervantina lo hagan con argumentos, materiales, reflexiones y resultados muy interesantes, como ha destacado Fernando Rodríguez Mansilla (2007) con respecto a Dámaso Alonso.

Paralelamente, se produce el intento de apropiación ideológica e intelectual antes mencionada; asunto nada sencillo, pues Cervantes y *Don Quijote* no eran modelos fáciles de asimilar a la nueva situación, a diferencia de Lope de Vega o Calderón de la Barca. Y es que la novela cervantina no era del agrado de todas las facciones que acabaron ganando la guerra en 1939.

Ya Enrique Giménez Caballero, en 1932, se refiere al libro como el “más antinacional, peligroso e inmoral y trágico de España” en artículo de título bien indicativo de por dónde podían ir las cosas: “Un peligro nacional. La vuelta de don Quijote”

(*La gaceta literaria*, 15, febrero de 1932, p. 395). En esta misma línea, Tomás Borrás hace decir a uno de los personajes de *Checas de Madrid* (Borrás, 1939/1940, 89):

Don Quijote se convierte en el caballero del verde gabán, la figura más abyecta que ha producido la literatura del Siglo de Oro. Y ahora digo otra cosa: los facciosos, si son consecuentes con sus principios, abatirán todas las estatuas de Cervantes. El *Quijote* es un libro antiespañol, protestante y demoledor. ¡Viva Lope de Vega!... Ese será el grito de los facciosos.

Pero también lo convierte, contrariamente, en personaje idealizado y mesiánico, como un profeta para la nueva nación:

Castrada España de caballeros, ridiculizados sus ideales, estéril su fantasía, solo quedarían en ella los que vos decís: los amigos de lo acertado, cierto y de verdad, que no dirían otra cosa por todas las cosas del mundo, aunque esa su verdad sea chica, achatada, superficial y aparente, propia para la cáfila de gente ignorante. Pero así como hay hombres principales, hay cosas principales y también verdades principales, que darán al alma su refacción: la de los Quijotes; que solo los elegidos ven y enseñan a ver [...]; lo repito para sordos: no tenía razón Cervantes sino el ínclito don Quijote. (Borrás, 1940, 15; cfr. Russo, 2013)

Poco después Ángel María Pascual publica *Amadís* (1943) y su secuela *Don Tritonel de España*, un opúsculo cuyo entorno caballeresco no enmascara su finalidad panfletaria como libro de bolsillo en la colección *Ediciones para el bolsillo de la camisa azul*. La primera de estas dos novelas es muy interesante a los efectos de este trabajo, pues en ella se produce nuevamente una crítica del *Quijote*, enjuiciada acertadamente por Antonio J. Gil (2001, 99):

La reivindicación de la imaginación y la fantasía en la novela, soportada en una visión idealista del mundo, y, narrativamente, en la crítica del *Quijote*, donde el ideal ya no es platónica realidad, sino tan sólo apariencia, engaño o locura. Este idealismo que se proyecta sobre el sentido de la novela es el que le confiere su más clara –y menos afortunada–

significación política, y reivindica la consideración ideal de la historia a la luz de los intereses místicos, imperiales, pseudorrevolucionarios y antiburgueses del ideario de la falange.

Se trata, en definitiva, de una novela por momentos lírica con elementos de *collage*, de documental, incluso de *pastiche*, todos ellos puestos al servicio de la nueva ideología. Así, el reino del caballero, Gaula, acaba convirtiéndose en una especie de crisol en el que se mezclan las peregrinaciones compostelanas, los viajes de Marco Polo, el imperio romano y, en un progresivo avance cronológico, el imperio y la decadencia españoles simbolizados por el contraste entre Lepanto (1571) y la derrota de la Invencible (1588), ambas acciones bélicas fundidas en un capítulo de título muy significativo: *Montaje*. Y todo ello para criticar el modelo que Cervantes propone en su novela al establecer el paralelo entre la decadencia de España con la inversión del mito de Amadís convertido en don Quijote.

Un intento similar se percibe en tres publicaciones destinadas a un público no sé si distinto, pero, en todo caso más amplio y generalista; aquí ya no se trata de un receptor que gusta del género novelesco (o pseudonovelesco), sino del español común a quien se le quiere ofrecer una particular visión del autor del *Quijote* por medio de una biografía de Miguel de Cervantes –la primera publicada después de la guerra, pero gestada en años previos–; de una extensa antología publicada en dos tomos en una colección –*Breviarios del Pensamiento Español*– destinada precisamente a ofrecer una selección de textos cervantinos que pudieran servir a los propósitos ideológicos de la España de en torno a 1940; y de unas lecturas destinadas a las escuelas (“No triunfará la nueva España si no conquista la Escuela”; Ortiz Muñoz, 1941, I, prólogo).

En 1941, Ediciones Españolas publica la *Hoja de servicios del soldado Miguel de Cervantes Saavedra. Espejo doctrinal de infantes y caballeros*. Se trata de un tomo muy bien editado, en formato grande, con buen papel, y extenso, de casi 250 páginas. Su autor, Luis de Armiñán (1871-1949), político español, diputado en varias legislaturas y ministro de trabajo en 1923, lo dedica a la memoria de su padre, “el teniente general don Manuel de Armiñán, que sirvió a su Patria largos años con honradez y bravura”, y a la de su hijo, “José Manuel, teniente de infantería,

muerto en campo de batalla combatiendo por Dios y por España (25 de marzo de 1937). ¡Sea bendita su memoria!”. Un colofón al final del mismo precisa que aunque publicado en 1941, el libro había sido concebido en años anteriores, en “1931-32 y 33, antes de la gloriosa cruzada de España. Sus ideas y sus propósitos son los que eran, sin que la victoria haya influido en su tendencia genuinamente española”⁶. Años más tarde, en 1946, publicará otra biografía cervantina, en esta ocasión pensada para la infancia: *Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, Boris Bureba, 1946, en una colección titulada *Biografías amenas de grandes figuras*).

Esta *Hoja de servicios* es muy significativa a mi propósito: en ella no solo trata de leer la imagen de Cervantes en clave ideológica afín al nuevo tiempo, sino de precisar que esa lectura proviene de años anteriores a la guerra; y responde al intento de proyectar algunas circunstancias de la vida de Cervantes sobre la España de 1940 en la convicción de que las ideas de Cervantes y las que sustentan la nueva España son la mismas y aquellas, por tanto, están de plena actualidad. Por ello se encabeza el libro con una de las octavas que Cervantes escribió en sus canciones a la Armada Invencible, aquella que comienza “Madre de los valientes de la guerra / crisol donde el amor de Dios [...]”. La razón es esta: “En ellos expresa Cervantes el concepto que de la Patria tenía un soldado de aquel tiempo, muy semejante al mismo que tenemos hoy [...] la idea cervantina está categóricamente expresada con todo el sentido de actualidad” (nota 1). Repárese, por cierto, cómo en la octava cervantina seleccionada por Armiñán aparecen palabras y conceptos que la propaganda del nuevo régimen manoseará hasta el desgaste: crisol, patria, fe, católicos, defensores, España.

En estas páginas, Cervantes es convertido en modelo del soldado español de en torno a 1940, con tono y palabras que recuerdan mucho a las pronunciadas por Ibáñez Martín en el discurso de 1947 con el que se inauguraban los fastos cer-

vantinos de aquel año (Montero Reguera, 2011, 137-138); esta biografía, que no se entiende como trabajo de erudición y “búsqueda”, sino de vulgarización, y centrada en la experiencia militar del protagonista, conduce a una imagen del escritor ya no sólo heroica, sino casi santificada, “reflejo de una vida tan limpia y tan serena como la luz de los cielos y el agua de Dios” (p. 10); y ejemplar para la España de ahora: “Nadie comprendió mejor que él ni puso tan alto la obligación de servir banderas, ya que con su preclara conducta se anticipó por siglos al concepto que se tiene hoy del Ejército, milicia o brazo armado de la Patria. Por eso escribimos su Hoja de servicios, calificándola de doctrinal espejo de caballeros y *ciudadanos*”. Subrayo el sustantivo final, pues constituye una mínima, pero fundamental modificación en el alcance del libro: si por su título el libro parecía ir destinado a un público esencialmente militar (“infantes y caballeros”), la matización del prólogo lo encamina por una senda mucho más amplia, como modelo también de todos los ciudadanos españoles de ahora (i.e. 1940).

No deja de ser un relato bien contado y entretenido en la parte militar, muy detallista en ocasiones, con buena información que el autor sabe transmitir; palidece en cambio en los últimos dos capítulos, donde la peripecia militar da paso al Cervantes escritor (XI, *De soldado a escritor*, pp. 205-236); XII, *Itinerario cervantino. Repertorio cervantino*, pp. 237-50), y los juicios de valor así como la información que se manejan contrastan, negativamente, con los ofrecidos en los diez primeros capítulos (los dedicados a relatar por extenso la peripecia vital del soldado Miguel de Cervantes). Creo, por otra parte, que abre el camino a otras biografías en las que la peripecia militar cervantina, aunque no exclusivamente, será lo más importante, en el propósito final de crear una imagen modélica del escritor, acorde con la nueva España del momento: así en las *Jornadas de Miguel de Cervantes* (Madrid, Talleres Gráficos de Editorial Magisterio Español, 1948), con la que su autor, Vicente Escrivá, obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1947. No lejos queda la biografía de Luis Astrana Marín que incorpora ya en el título aquella idea y que se estaba ya fraguando en aquellos años: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, 1948-1958, 7 vols). A Astrana corresponde precisamente la autoría de un artículo en el que se sintetiza

⁶ El diario *ABC* de fecha 21 de abril de 1933 anuncia (p. 32) que los Amigos de Cervantes han organizado varios actos para el 23 de abril en el paraninfo de la Universidad de Alcalá, entre ellos, por la tarde, la lectura por D. Luis de Armiñán de su trabajo “Hoja de servicios del soldado Miguel de Cervantes Saavedra”.

la lectura que de Cervantes hace el bando vencedor en 1939: “Cervantes no sólo es nacional y patriota, sino tradicionalista y católico [...] cristiano viejo y, además, antisemita, antijudío” (Montero Padilla y Montero Reguera, 2006; Montero Reguera, 2014).

El formato del libro de Armiñán, como su precio, veinticinco pesetas, hace presumir un público relativamente reducido y, por tanto, un alcance posible menor; distinto del que perseguía la colección *Breviarios del Pensamiento Español* donde aparecen dos tomos dedicados a Miguel de Cervantes a cargo de Emiliano Aguado: *Miguel de Cervantes (Antología). El hombre y el escritor* (Madrid, Ediciones FE, 1941, 218 pp.), y *Miguel de Cervantes. (Antología). El historiador y el político* (Madrid, Ediciones FE, 1941, 214 pp.). Muy otro, en efecto, el alcance que se persigue, pues la colección en la que se publican estas antologías tenía un propósito bien concreto, como ha sintetizado Eduardo Ruiz Bautista (2005b, 198-199):

Podemos apreciar esta determinación de sintetizar el conocimiento acumulado a lo largo de los siglos, para hacerlo más operativo y digerible, en su arraigada propensión a las antologías, englobadas, no por casualidad, en la colección *Breviarios del Pensamiento Español*. Allí estaba la nómina de glorias patrias compendiada, pero también usurpada, raptada simbólicamente, instrumentalizada, asociada a un proyecto nacional, descontextualizada –como acaece en toda antología– de un modo y no de otro. En el prólogo de una de las obras se puede leer la inequívoca afirmación de que tal libro “... no es un frío producto de erudición (...). Se trata de contribuir a formar ese patriotismo intelectual y superador de todo sentimentalismo que pedía a voces el más grande de nuestros caídos. Ha pasado ya la época de la ciencia por la ciencia y otras zarandajas semejantes. En última instancia, lo que justifica este libro es ser, también, arma de guerra”. Empíreo arsenal se quería formar, pues, con Cervantes, San Juan de la Cruz, Séneca, Don Juan Manuel, Bernal Díaz del Castillo, Feijoo, Jovellanos, Juan Pablo Forner, Larra, Balmes, Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Juan Luis Vives, José Antonio, Ledesma Ramos, Vázquez de Mella, clásicos y modernos, cimas y figuras menores, rancios e ilustrados, liberales y reaccionarios, hombres del

Medievo y la Edad Moderna allegados a difuntos aún tibios, todos mezclados, todos partícipes de un mismo propósito. Como confesaba Antonio Tovar, esta forma de presentar el pensamiento de un autor lo descoyuntaba, pero era una medida temporal y transitoria⁷.

Los libros siguieron todos una misma presentación editorial: tamaño de bolsillo, económicamente accesibles (entre seis y ocho pesetas según el tiempo y el volumen del libro), tiradas relativamente amplias (entre 2000 y 5000 ejemplares). Todo ello estaba pensado para que la colección llegara a un público muy amplio. Se trataba, en definitiva de utilizar selecciones antológicas de los clásicos españoles para que estos pudieran ser empleados como sustrato ideológico del nuevo régimen impuesto. A los autores ya señalados se unía una larga lista de antólogos que formaban parte de la intelectualidad del nuevo régimen, esto es, utilizando la expresión de José Carlos Mainer (1971), aquella promoción de escritores que llegaron a la guerra civil con veinticinco años de edad y decidieron tomar partido por el bando nacional: Antonio Tovar, Carlos Alonso del Real, Luis García Arias, José Antonio Maravall, Manuel Ballesteros Gaibrois, Ricardo Gullón, Joaquín de Entrambasaguas, Gonzalo Torrente Ballester, Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, Juan Beneyto Pérez, Martín de Riquer, Luis Felipe Vivanco, Darío Fernández Flórez. Tal conjunción de autores clásicos y escritores afectos al nuevo régimen dio como consecuencia una larga colección –no menos de medio centenar de libros–, cuya difusión, sin embargo, no alcanzó los objetivos propuestos: así al menos se deduce de los datos y testimonios ofrecidos por Ruiz Bautista. Eran, por otra parte, provechosos económicamente para sus antólogos, pues, según los casos, podían pagarse entre 2500 y 5000 pesetas por trabajo realizado.

Independientemente, pues, de la difusión que la colección pudiese alcanzar, lo cierto es que los dos tomos preparados por Emiliano Aguado esperaban llegar a un número amplio de lectores y, consecuentemente, hacerles llegar una determinada imagen de Miguel de Cervantes.

⁷ Utilizo aquí materiales procedentes de Montero Reguera (2013).

Es importante destacar a este propósito no solo la persona elegida para realizar la antología, sino que esta se secuencie en dos tomos organizados a su vez binariamente (el hombre, el escritor; el historiador, el político), de manera que ya desde esta organización se destacan las cuatro columnas que sustentan el edificio de la nueva lectura que se quiere difundir de Cervantes: este es un hombre, un escritor, pero también un historiador y un político. El autor del *Quijote* se presenta, entonces, no solo desde esta perspectiva (recuérdese la conocida definición de su hermana Andrea en 1605: “hombre que escribe y trata negocios, y por su buena habilidad tiene amigos”), sino también un historiador y un político, lo que abre la posibilidad –como así se hace– de proyectar su hipotético pensamiento político a la España de 1940.

Para realizar este trabajo, la dirección de ediciones FE (Luis Felipe Vivanco), o su superior, Pedro Laín Entralgo como encargado de la sección de ediciones de los servicios nacionales de prensa y propaganda creados aún durante la guerra (1938), eligieron como antólogo a Emiliano Aguado (1907-1979), uno de los fundadores, junto a Ramiro Ledesma Ramos, de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Después de 1939 participó activamente en revistas literarias nacidas en esos años, como *Escorial* y *La estafeta literaria*, publicó biografías y libros de ensayos, y obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su obra *Teatro* (Madrid, Ediciones Escorial, 1942) que incluye tres piezas: *Más allá de la muerte*, *Horas lentas de invierno* y *El adivino*.

En el primero de los tomos, un largo prólogo (31 pp.) concebido ensayísticamente, sin notas al pie ni bibliografía de ningún tipo⁸, esboza las claves de lectura del autor del *Quijote*: su obra es transfiguración de una vida en tiempos turbulentos (cuyos datos, siquiera los más esenciales, elude) que, sin embargo,

⁸ No falta el diálogo con la crítica previa, aun sin mencionarla expresamente: “Mucho se ha escrito en estos últimos años de la tristeza de Cervantes y de sus crueles desengaños”, y se ha interpretado como elementos para defender un “sentido oculto” en sus obras (p. 13); Ortega y Gasset está detrás de esta refutación: “Y he aquí que el arte, en contra de lo que en estos últimos tiempos se ha venido predicando, se ofrece como una inefable compenetración entre lo que hay a nuestro alrededor, cosas, personas, creencias y limitaciones [...]” (p. 21). Tampoco se indica la edición que ha manejado para cada uno de los textos seleccionados.

emana “quietud”, “dulzura”, “generosidad”, “calor humano”; este punto de partida previo da paso al siguiente escalón: la identificación de Cervantes con don Quijote (p. 16) y, después, a identificarlos con la lectura romántica del libro en una visión absolutamente idealizada y desproblematizada:

Nos le imaginamos escribiendo sin prisa ni afán de ganancia en unos días que fluyen mansos y lentos y que dejan lugar para todos los quehaceres y hasta para sentir aburrimiento cuando no se encuentra alguno que nos saque de la monotonía y nos lleve a un gozoso bienestar. Las obras de Cervantes se han escrito con alma sosegada y los deseos bien sujetos por la dulzura de una resignación que, en fuerza de alejar al artista del mundo, le hace creer que todas las cosas que antes buscaba con ansiedad son a manera de fantasmas. (p. 23)

Cervantes, finalmente, no deja de ser una incógnita que ha mostrado muchas cosas de la realidad que nos circunda, pero que también ha descubierto “muchos rincones del alma que antes yacían oscuros [...] Ha enriquecido quehaceres y ensueños” (p. 27). Añade un apartado final sobre los criterios que han guiado este primer tomo: seleccionar largos párrafos que permitan dar una idea del estilo y asunto de las obras de Cervantes, que estos puedan llegar a “principiantes” (he aquí, pues, explícito el tipo de lector que se persigue) para que “tomen el gusto de Cervantes y se aficionen a sus personajes”, con la idea no tanto de realizar una selección de sus textos, sino poder construir con ellos una biografía del escritor a partir de aquellos. Se trata, en definitiva de crear una imagen del escritor a partir de algunas de sus obras (el *Quijote*, unas pocas *Novelas ejemplares*, el *Persiles* y la *Galatea*); los títulos que ha elegido para algunos de los dieciséis capítulos de que consta la antología son muy reveladores de esa imagen, acorde con lo indicado en el prólogo y con el sentir de la España de en torno a 1940: “Nostalgia y poesía”, “Ensueño y realidad”, “Nobleza y dulzura”, “fantasía y aventura”, “modestia y generosidad”.

El segundo tomo incorpora un prólogo más breve que el anterior (ahora sólo 26 páginas) y reitera ideas similares: la identificación de Cervantes con su obra, una especie de “itinerario de su alma” (p. 8), y aún más con don Quijote (p. 13); la sensación de sosiego y dulzura que destila aquella. Se

detiene con más pormenor en analizar las posibles ideas políticas de Cervantes, pero pronto se da cuenta de la dificultad para interpretarle en este camino (por ejemplo cuando se intenta explicar el episodio de los galeotes, p. 14), por ello prefiere no entrar en honduras, evitar así pasajes conflictivos, y reforzar la visión idealizada y edulcorada de Cervantes, que conlleva presentarlo como un hombre apolítico, no defensor de “doctrinas banderizas [pues] no las profesó en modo alguno” (12), con ideas propias de un tiempo en el que no caben “doctrinas ni partidos” (13), sino más bien como resultado de un alma española (la misma que el bando vencedor va a querer imponer), tradicional, nacionalista y católica, con propósito misionero: “Más que políticos, nuestros escritores de todos los tiempos son misioneros cristianos que quieren llevar al Estado la fe que anima los corazones y los mandamientos que alumbran el sendero de las tareas cotidianas” (p. 16). De ahí que se empleen términos para referirse a Cervantes que menudean en el lenguaje del nacional-catolicismo triunfante: “madurez de alma”, “santo”, “mártir”, “con amor y piedad”, “alma generosa”. Todo ello conduce a una proyección hacia el presente, pues tanto la España de Cervantes como la de 1940 tienen enemigos en el exterior, pero también en el interior:

Quando una nación se contiene en sus propios territorios y los que la pueblan tienen costumbres semejantes en lo esencial, aunque se expresen de distintas maneras, es fácil el gobierno y no es tampoco difícil saber de qué manera pueden armonizarse las voluntades de todos; pero cuando la sociedad se dilata en oleadas de pueblos y costumbres, como ocurría en tiempos de Cervantes, y es preciso combatir a enemigos del exterior tan distintos y enemigos del interior que en la sombra van minando los fundamentos del orden no hay más remedio que acudir a instituciones sencillas que tengan como valor sumo la eficacia. (pp. 18-19)

Este segundo volumen se ha preparado con criterios editoriales semejantes a los del primero: largos párrafos para hacer más agradable la lectura, selección orientada a aquellos textos que “abusando un poco del lenguaje se podrían clasificar de políticos”, y “estimular en el nivel medio del público que lee el interés por las obras de Cervantes” (p. 26). En fin,

los títulos que Aguado escoge para cada uno de los capítulos de este segundo tomo vuelven a ser muy significativos, pues remiten a rasgos y circunstancias de aquel tiempo (el cervantino, pero también el de la España vencedora de la guerra en civil en torno a 1940): “Los enemigos de España” (pp. 37 y ss.), “Nobleza y linaje” (pp. 63 y ss.), “Escoria de un gran mundo” (pp. 139 y ss.), “Fama y santidad” (pp. 203 y ss.). La sábana que cubre los dos volúmenes incorpora los elementos característicos de la colección, pero también una ilustración cuyo diseño se acomoda a la imagen del escritor construida en la antología, con una fisonomía que hace fácil la identificación de Cervantes con don Quijote.

Precedido de la monja andariega (Santa Teresa de Jesús) y el poeta divino (San Juan de la Cruz), iconos también de la nueva España surgida del Alzamiento Nacional, Cervantes se incorpora al listado de figuras patrias que desfila por *Glorias imperiales* de Luis Ortiz Muñoz (Madrid, Magisterio Español, 1941, 2 vols., 222 + 270 pp.). Su autor, catedrático de instituto de latín y griego, periodista en *El debate*, fue el impulsor y director durante treinta y cinco años del madrileño Instituto Ramiro de Maeztu (1940-1975). Ocupó diversos cargos políticos recién acabada la guerra. Concebido como libro de lectura para los últimos grados de las escuelas primarias “y acaso también para los primeros cursos de la formación media” (vol I, prólogo), se acude en este caso a la elaboración de narraciones sencillas, “a modo de cuentos”, que despierten la curiosidad de los niños y alienten su sensibilidad infantil para hacerles llegar “una idea o un principio, apuntado con concisión y claridad” (*ibidem*). Marcadamente tendenciosos, estos dos libros no solo pretenden hacer triunfar “la nueva España”, sino que rechazan frontalmente el trabajo de la Institución libre de Enseñanza; se trata en definitiva de contribuir a que toda “una generación de maestros, contaminada del espíritu institucionista [...] esa pléyade insensata” sea reformada de acuerdo con esta premisa: “Vale más el patriotismo ingenuo, por muy vulgar y exagerado que sea, que el laico y necio intelectualismo, culpable por el nefando rubor de sentir la historia nacional, del crimen de su desfiguración y falseamiento”.

A este propósito la figura de Cervantes queda reducida a unas pocas páginas (vol. II, pp. 214-19) en las que se selecciona la parte de su vida más

acorde con aquellas premisas. De ahí el título, tan significativo, “El cautivo de Argel” y las dos ilustraciones que las acompañan: en la primera se parte de un retrato muy conocido, falsamente atribuido a Jáuregui, en el que se ha intensificado la sensación de serenidad, de quietud del protagonista con una hábil contraposición entre el negro del traje que lleva, suavemente matizado por algunos reflejos blancos, con la blancura de la cara, a su vez complementada por el color de la barba y pelo que contribuyen a aminorar el contraste entre rostro y cuerpo; a ello se añade una especie de nube blanca sobre la cabeza que sugiere el halo con el que tan frecuentemente se representa a los santos, casi como si él también lo fuera, pero laico, en imagen, aquí gráfica, no muy diferente de la que otros textos de la época también ofrecen, como el analizado más arriba. La segunda, que ocupa toda la página 217, le presenta de rodillas, cargado de cadenas, mirando hacia arriba al fraile trinitario que le ha venido a rescatar; de este se destaca su pose redentora y pacífica, como para infundir tranquilidad al cautivo, y la cruz de la orden trinitaria en el pecho. Al fondo una ventana enrejada cuya silueta recuerda los arcos de herradura apuntados característicos de la arquitectura árabe contextualiza la imagen en los años cervantinos del cautiverio argelino. De nuevo los contrastes entre luces y sombras realzan la imagen que, como la anterior, sirve de complemento perfecto al texto escrito. Texto literario e ilustración gráfica se asocian hábilmente para los objetivos propuestos en el libro.

El capítulo se concentra en los años del cautiverio de Cervantes en Argel, cuyas fechas se precisan con exactitud: 26 de septiembre de 1575, cuando la galera *Sol* en que regresa Cervantes a España es atacada por tres turcas, y 19 de septiembre de 1580 cuando es liberado. Es este episodio de la vida cervantina el que se recuerda y utiliza reiteradamente en aquel tiempo, pues el que mejor se presta para la imagen de Cervantes que el nuevo régimen quiere difundir.

El texto dedicado a Cervantes se organiza en tres estampas de no más allá de veinte o treinta líneas cada una. La primera se detiene en la captura de Cervantes; la segunda en su largo cautiverio: su mala fortuna, sus cuatro intentos de huida, el rescate debido a la providencia divina; y la tercera en el creador del símbolo de la raza hispánica: Cervantes

es un “esclavo del Santísimo Sacramento” y también el creador del *Quijote*, verdadero símbolo de esa España eterna que el nuevo régimen quiere apropiarse:

Don Quijote es el símbolo universal y humano de la raza hispánica, soñadora de ideales y realizadora de ensueños. Nuestros hombres del siglo XVI supieron luchar con lo que parecía al mundo molinos de viento y castillos encantados; superaron, como Quijote, a los Sanchos rufianes del materialismo protestante; crearon la mística andante caballería del honor de Dios y del Imperio, y, gracias a eso, despertaron de su letargo a los mares y a los continentes ignorados, para imponerles la civilización hidalga y cristiana, idealista y pura. Miguel de Cervantes, el cautivo de Argel, el humorista eterno, plasmó en su inmortal manchego la figura exacta, toda fantasía, y toda corazón, del genio y del espíritu del caballero imperial de nuestro siglo dorado. (p. 219)

Frente a todo esto, el discurso de Fernández Flórez supone una ráfaga de aire fresco que pone en valor la novela de Cervantes en su contexto occidental: sin erudiciones ni complejidades teóricas o exegéticas; es la sabiduría del escritor que sabe adónde va y por dónde conducirse, novelísticamente hablando, con Cervantes como modelo.

Coda galaica

En el discurso del nuevo académico se desliza una explicación del porqué del humorismo cervantino que los podría unir aún más: su posible origen común gallego. Tomando como punto de partida la indicación de Fernández de Navarrete en su *Vida de Cervantes* (1819; Montero Reguera, 2011, 97-98) de que “La preclara y nobilísima estirpe de los Cervantes, que desde Galicia se trasladó a Sevilla”, Fernández Flórez afirma con rotundidad (en relación con los apellidos) que “el de Saavedra es puramente galaico y el de Cervantes está en la toponimia gallega” (p. 22); lo que le lleva a defender que sea Galicia “la región donde surgen más escritores humoristas” (p. 22; cfr. López Lorenzo, 2016). Esto le uniría todavía más a su modelo y corre parejas con la idea expuesta en el discurso de que el humorismo no tiene que ver solo con los

escritores, “sino con los pueblos y con la literatura de esos pueblos” (p. 16). La idea, de largo y a veces desenfocado recorrido (Álvarez, 2005; Rodríguez Santamaría, 2005; Maganto Pavón, 2015; Lucía Megías, 2016), ya es matizada por Julio Casares en su discurso de contestación (pp. 43-44) y quizás pueda tener una explicación más compleja, que vincularía este texto, hasta este momento completamente ajeno a cuestiones no literarias, al momento político que vive la España de aquellos años y que se muestra nítidamente en la afirmación siguiente, continuadora del texto arriba reproducido: “La gloria de España, la Patria común, cuya inquebrantable unidad sentimos y servimos tan ahincadamente, no sufre con esta apreciación menoscabo alguno” (p. 22). La unión de Cervantes a Galicia, en aquellos años no era infrecuente; quizás su expresión más rotunda es el libro de Ernesto Giménez Caballero *Amor a Galicia (progenitora de Cervantes)*, publicado en 1947, donde se afirma:

Cervantes fue *–radicalmente–* un gallego. Y digo radicalmente, justo por su raigambre o linaje. En todo hombre –pero sobre todo en los artistas geniales– el genio o carácter arranca en gran parte de sus genes originarios, de eso que la tradición llama «la sangre». ¿Cuál fue la sangre o progenie cervantina? Hay tres métodos para considerar la raíz galaica de Cervantes. Uno, el de sus apellidos: el nominal o familiar. Otro, sus rasgos somáticos y corporales. El tercero, su reacción espiritual frente a Galicia. (Giménez Caballero, 1947, 33)

A todo ello –creo– no es ajeno el origen del dictador Franco; quizás se puede deducir implícitamente

en la frase de Fernández Flórez arriba reproducida; en el libro de Giménez Caballero se hace de manera explícita (p. 63).

Final

El trabajo –imaginativo y disparatado– de Ernesto Giménez Caballero se sitúa de lleno en el ambiente y acercamiento a Cervantes en la España de aquellos años; el de Fernández Flórez abre un camino que se cierra en sí mismo, desprovisto de erudición pero que quiere hacer destacar uno de los grandes valores del *Quijote* –el humorismo– en el seno de una literatura –la castellana– en la que aquel –tal como se entiende en este discurso– es una excepción, y en ello reside no solo la gran aportación de esta literatura a la universal sino también el camino que ha de seguir la novela para renovarse (en contraposición y rechazo a la anterior realista y naturalista: “la novela ya no tiene fuerza para seguir por ese camino”, p. 26); para ello hace falta que el humor no se sitúe en los “arrabales de la literatura” (p. 27) y que la fantasía vuelva a ser el motor de este género: “Allí donde el ceño adusto nada logra, la sonrisa acierta a abrir un camino” (p. 27). Desde esta perspectiva, el cervantismo, aquí, de Wenceslao Fernández Flórez constituye una isla en su circunstancia española y parece más próximo a posiciones que desde fuera de España hacían valer el *Quijote* como obra fundacional de la novela moderna y destacaban el papel que juega en el ello el humor, así como el tipo de este, ya no una carcajada descompuesta, sino una sonrisa donde se unen contrapuntísticamente la miel y el acíbar de la vida⁹.

⁹ Conste mi agradecimiento a los colegas Carmen Becerra Suárez y Fernando Romo Feito por su atenta lectura de estas páginas.

Bibliografía

- AGUIRRE, E. (2017). *Cervantes, enigma del humor*. Madrid: Piediciones, 2ª ed.
- ÁLVAREZ, J. C. (2005). *La disputada cuna de Cervantes*. Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá y Ediciones Bornova.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, P. (2011). *En doscientas sesenta y tres ocasiones como esta* [Discurso leído el 5 de junio de 2011 en su recepción pública]. Madrid: RAE.
- ASTRANA MARÍN, L. (1939). Cervantes, nacionalista, *ABC*, 23 de abril, p. 3.
- ASTRANA MARÍN, L. (1948-1958). *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid: Reus.
- AUERBACH, E. (1942/1950). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- AZORÍN. (1924/1993). *Una hora de España* [Ed. de José Montero Padilla]. Madrid: Castalia.
- BORRÁS, T. ([1939] 1940). *Checas de Madrid*. Madrid: Escelicer.
- BORRÁS, T. (1940). *El Antiquijote*. Madrid: Vértice.
- CASTRO, A. (1925). *El pensamiento de Cervantes*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
- EISENBERG, D. (1995). *La interpretación cervantina del Quijote*. Madrid: Compañía literaria.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, W. (1945). *El humor en la literatura española* [Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción del Excmo. Sr. D. Wenceslao Fernández Flórez el día 14 de mayo de 1945 y contestación del Excmo. Sr. D. Julio Casares, Secretario Perpetuo de la Academia]. Madrid: Imprenta Sáez.
- FLORIT DURÁN, F. (2000). La recepción de Lope en 1935: ideología y literatura, *Anuario Lope de Vega*, VI, pp. 107-24.
- GARCÍA BERRIO, A. (2019). *Virtus. El Quijote de 1615*. Madrid: Cátedra.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E. (1947). *Amor a Galicia (progenitora de Cervantes)*. Madrid: Editora Nacional.
- GIL, A. J. (1996). "El mito caballeresco en la novela falangista: el *Amadís* de Ángel María Pascual". En *Mitos. Actas del VII Congreso internacional de la Asociación Española de Semiótica*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza y Asociación Española de Semiótica, pp. 472-75.
- GIL, A. J. (2001). *Teoría y crítica de la metaficción en la novela española contemporánea. A propósito de Álvaro Cunqueiro y Gonzalo Torrente Ballester*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- HAUSER, A. J. (1976). *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid: Guadarrama, 2 vols.
- LÓPEZ LORENZO, S. (2016). *Cervantes e o Quixote. A invención do humorismo*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- LOZANO RENIEBLAS, I. y ROMO FEITO, F. (2018). *Sales cervantinas. Cervantes y lo jocoserio*. Ciudad de México: Universidad Veracruzana y Ficticia Editorial.
- LUCÍA MEGÍAS, J. M. (2016). *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción*. Madrid: Edaf.
- LUCÍA MEGÍAS, J. M. (2019). *La plenitud de Cervantes. Una vida de papel*. Madrid: Edaf.
- MAGANTO PAVÓN, E. (2015). *La partida de bautismo de Miguel de Cervantes y sus detractores*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares.
- MAINER, J. C. (1971). *Falange y literatura*. Barcelona: Labor.
- MAINER, J. C. (1975). *Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez*. Madrid: Castalia.
- MAINER, J. C. (2003). *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*. Barcelona: Crítica.
- MAINER, J. C. (2006). *Moradores de Sansueña (Lecturas cervantinas de los exiliados republicanos de 1939)*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- MONTERO ALONSO, J. (1964). Wenceslao Fernández Flórez. Un gallego solitario, *Gaceta Ilustrada*, 18 (9 de mayo), pp. 64-69.
- MONTERO PADILLA, J. (1993). *Azorín. Una Hora de España* [Ed. de José Montero Padilla]. Madrid: Castalia.
- MONTERO PADILLA, J. y MONTERO REGUERA, J. (2006). *Luis Astrana Marín, fundador de la Sociedad Cervantina*. Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca.
- MONTERO REGUERA, J. (2005a). La risa y la sonrisa de *Don Quijote*, *Cuadernos del Lazarillo*, 28 (Enero-Junio), pp. 11-16 [Reproducido en Montero Reguera (2006, 109-115)].
- MONTERO REGUERA, J. (2005b). Los años andaluces de Cervantes y la génesis del primer *Quijote*: una evocación azoriniana. *Monteagudo*, 10, pp. 39-50 [Reimpreso en Montero Reguera (2011, 189-198)].
- MONTERO REGUERA, J. (2006). *Materiales del Quijote: La forja de un novelista*. Vigo: Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.
- MONTERO REGUERA, J. (2011). *Cervantismos de ayer y de hoy. Capítulos de historia cultural*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- MONTERO REGUERA, J. (2013). "De la Edad Media al Siglo de Oro: en torno a unos textos olvidados de Gonzalo Torrente Ballester". En C. Rivero Iglesias (Ed.), *El realismo en Gonzalo Torrente Ballester: poder, religión y mito*. Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana y Vervuert, pp. 41-84.
- MONTERO REGUERA, J. (2014). Astrana antes de Astrana (y aún después). De las columnas de *La Nación* a las *Terceras de ABC, eHumanista / Cervantes*, 3, pp. 289-305.
- MONTERO REGUERA, J. (2016). Cervantes ante la poesía: historia, teoría y práctica de una reivindicación, *Revista de Occidente*, 427, pp. 151-164.
- ORTIZ MUÑOZ, L. (1941). *Glorias imperiales*. Madrid: Magisterio Español, 2 vols.
- Rodríguez Mansilla, F. (2007). Dámaso Alonso lee el *Quijote*: nación, realismo e intrahistoria en el cervantismo español, *eHumanista*, 9, pp. 175-195.
- RODRÍGUEZ SANTAMARÍA, X. P. (2005). *Cervantes e o Quixote en Galicia*. Noia (A Coruña): Toxosoutos.
- RUSSO, A. (2013). "Entre el canon y el quiosco. *El Antiquijote* de Tomás Borrás". En C. Mata Induráin (Ed.), *Recreaciones quijotescas y cervantinas en la narrativa*. Pamplona: EUNSA, pp. 263-72.
- SAMPER PIZANO, D. (2010). Sonrisas en la Academia. El humor en los discursos de posesión en la Real Academia Española, *Revista de Occidente*, 352, pp. 112-129.
- UNAMUNO, M. (1910/1968). Malhumorismo, *La Nación*, 25 de diciembre de 1910 [reimpreso en *Soliloquios y conversaciones*. Nueva York: Las Américas Publishing Company, pp. 418-423 (OO. CC., t. III)].
- VILLANUEVA, D. (2008). *El Quijote antes del cine* [Discurso leído el día 8 de junio de 2008 en su recepción pública por el Excmo. Sr. D. Darío Villanueva y contestación del Excmo. Sr. D. Pere Gimferrer]. Madrid: RAE.



Asistentes al discurso de ingreso en la R. A. E. de Wenceslao Fernández Flórez el 14 de mayo de 1945. De izquierda a derecha: José María Pemán, Leopoldo Eijo Garay (Obispo de Madrid-Alcalá), el nuevo académico, José Ibáñez Martín (Ministro de Educación Nacional), Julio Casares y el Duque de Alba. (Montero Alonso 1964:65).